

André Billy
Un romántico actual: Vicente Blasco Ibanez
(*L'Oeuvre*, 1-10-1921)

El verano pasado, encontrándome en un pequeño pueblo cerca del bosque de Fontainebleau, tuve la oportunidad de ver y escuchar a Vicente Blasco Ibáñez. Él estaba de visita en una villa frente a la cual estaba estacionado un automóvil gigantesco: «el automóvil de Blasco», me dijo mi guía tocando la bocina, y de inmediato sentí crecer mi consideración que ya me inspiraba el autor de *Sangre y arena*. Cuando lo vi en persona, creció mi asombro. Admiré su estatura alta y robusta, su porte soberbio, su voz dirigida al mando, su apariencia de conquistador. Es un hombre de algo más de cincuenta años, de rasgos regulares pero enérgicos, y que, en su época de barba puntiaguda, podría haber pasado entre nosotros por un compatriota de Pedro Gaihard o de M. Henry Lapauze. Solo usa bigote y corte al estilo americano. Sin embargo, no es de América, es de Europa, pero mirándolo, recordé la hipótesis que me planteó un francés que conoce bien España, sobre el origen fenicio de los españoles de la costa mediterránea, Barcelona y Valencia. Pero Blasco, que es de Valencia, suda por todos los poros de su piel morena al traficante y al navegante. Nos vemos obligados a saludar en él a la magnífica muestra de una humanidad que se ha mantenido muy primitiva en el marco de la civilización moderna.

La conversación se centró primero en los éxitos de Blasco en los Estados Unidos, las enormes sumas de dinero que había ganado allí, la editorial que dirigía en España, etc. Entonces comenzamos a hablar de su automóvil, ese automóvil de proporciones insólitas que me había impresionado con respeto cuando entré a la casa. ¿Por qué no decirlo? Este automóvil era un Cadillac. Y supe entonces que los Cadillacs representan, en términos de automovilismo, la última palabra en mejora técnica y comodidad. «Además —concluyó Blasco—, lo verás tú mismo». Lo seguimos por el camino, donde tuvimos la satisfacción de escuchar, en presencia del monstruo, una nueva enumeración de las cualidades excepcionales que, a pesar de su alto precio, había llevado a Blasco a elegirlo entre todos. Finalmente, nos subimos al coche. Blasco se sentó junto al conductor y ¡arrancó! El coche corría por el bosque, mientras el eminente novelista se volvía hacia nosotros como un cicerone de la agencia Cook, continuaba su demostración. Debo agregar, para ser exactos, que el conductor, ansioso por respaldar con pruebas las palabras entusiastas de su maestro, estuvo a punto de rompernos el cuello varias veces.

¡Qué placer encontrar, en el libro de M. Camille Pitolllet, al prestigioso Blasco con el increíble Cadillac! La fotografía de este no aparece entre las ilustraciones del volumen, pero podría, debería aparecer allí, con las fotografías

que representan una «manifestación popular en honor a Blasco Ibáñez»; una «fiesta en honor a Blasco Ibáñez en Madrid», un «banquete en honor a Blasco», «Blasco Ibáñez hablando al pueblo de Valencia», «Blasco en la famosa mesa de mármol de su villa, frente al mar», «manifestación de marineros y pescadores en honor a Blasco», «Blasco en una tienda con indios nómadas de América del Sur», «Blasco rodeado de indios civilizados que trabajaban en sus tierras», «Blasco hablando con su hombre de confianza», «Blasco a bordo de un transatlántico», «Blasco visitando las trincheras en 1914», «Blasco en un puesto de avanzada, frente a las trincheras alemanas», «Blasco presenciando un bombardeo de piezas de gran calibre»... Y la mejor, en particular, «Blasco en su estudio, rue Rennequin en París, durante la guerra». Blasco, con el cuello de la camisa juvenil volcado sobre los hombros semejante, en su cándida vanagloria de poderoso trabajador, no a Zola, cuyo retrato adorna cada uno de sus numerosos despachos, sino más bien, a Balzac, cada vez con más éxito financiero.

Quisiera resumir en unas pocas líneas, según *V. Blasco Ibáñez, sus novelas y la novela de su vida*, de M. Camille Pitollot, la prodigiosa trayectoria del más grande de los novelistas españoles contemporáneos, aunque unas pocas líneas no sean suficientes. Nacido en Valencia en 1867, se fue a Madrid muy joven, donde estudió Derecho mientras perdía el tiempo escribiendo relatos folletinescos para un «explotador» llamado Fernández y González. Sus opiniones republicanas le hicieron expulsar de Madrid y luego de Valencia. Se refugia en Francia, en el Barrio Latino, regresa a España con una amnistía, se compromete en una revuelta, se disfraza de marinero y viaja escondido a Italia, regresa a España, es encarcelado y luego nuevamente amnistía. Tras lo cual, naturalmente, es elegido diputado. Permaneció así durante seis legislaturas sucesivas y dejó la política por amor a la literatura. Un día, en Burdeos, se le ocurrió la idea de ir a curarse a Vichy; de Vichy, llegó a Suiza, Alemania, Austria-Hungría, Turquía, donde el sultán le otorgó la Estrella de Medjidie, con placa y brillantes por valor de 10 000 francos. Pero el sultán es depuesto antes de que Blasco haya entrado en posesión de la joya y nuestro autor, disgustado, decide regresar a Occidente. A las puertas de Budapest, se ve atrapado en un desastre ferroviario, se sube a un tranvía, luego al primer tren que sale, y allí es devuelto sano y salvo a sus queridos estudios.

Unos años más tarde, se reunió en Sudamérica con Anatole France, quien vino como él para una gira de conferencias. «La estancia de Blasco como conferencista en América —escribe su biógrafo y admirador Pitollot— iba a ser de una duración considerable. Durante nueve meses circuló como orador itinerante por Argentina, Paraguay y Chile, y pronunció no menos de 120 discursos. Era, como le gusta decir, tenor literario.». De tenor literario, se convirtió en colono: desbrozó y fundó dos colonias. Pero lo arruinan sus socios, liquida sus empresas quiméricas y se sacude el polvo de las botas en el

ingrato suelo donde nació el tango. Un año después de que estallara la guerra, la traducción al inglés de sus *Cuatro jinetes del Apocalipsis*, que vendió por unos pocos francos, aporta millones para el traductor. Pero el editor estadounidense está ansioso por compartir el éxito con él. Desde entonces, Blasco conoce en América una boga ensordecedora. Cruza el Atlántico, recoge una fortuna, se compra un Cadillac y vuelve con nosotros habiéndose hecho cortar la hermosa barba, como tuvo el honor de presentarles al principio.

Sonriamos, sí, pero sepamos también dar a una vida tan pintoresca y, a veces, tan noblemente agitada, el homenaje de nuestra asombrada simpatía. Las costumbres literarias francesas de hoy no están en tal escala. Nuestros grandes escritores, nuestros Barrés, nuestro France, nuestro Bourget, parecen, en comparación, unos pequeñoburgueses. ¿Significa esto que no hay también entre nosotros una tradición a la que se pueda adherir el ejemplo del impetuoso Blasco? Balzac, Dumas, Chateaubriand, Voltaire, Beaumarchais y muchos otros tuvieron, como Blasco, grandes visiones; como él, se embarcaron en peligrosas aventuras en un momento en el que Francia desempeñaba un papel en el mundo acorde con sus ambiciones. ¡Cuán estrecho encontraron el círculo en el que giran sus sucesores! Pero es especialmente en Balzac en quien pienso. Las empresas coloniales de Blasco habrían hecho soñar a quien intentó volver a explotar las minas de Cerdeña después de los romanos e introducir el cultivo de la piña en Francia.